Página Jurídico Municipal

EL PLEITO DE LOS SECRETARIOS

¡Teníamos razón!

Cuando se publicó el R. D. de 1 de junio último anterior sobre estabilidad y sueldo de los Secretarios de Ayuntamiento, nos apresuramos a levantar nuestra voz de protesta contra tal disposición, que consideramos no sólo distinta a la deseada y prometida, sino que, además, no tuvimos inconveniente en calificar de desdichada y perjudicial para la clase Secretarial.

Creíamos entonces y seguimos creyendo ahora, que la solución no puede ser otra que la formación de un Cuerpo de funcionarios dependiente exclusivamente del Estado, a base de los actuales Secretarios, que se encargase en cada Municipio de los servicios de aquél, quedando en cuanto a los servicios municipales, con el carácter de funcionario asesor de los Ayuntamientos.

Y nuestra indignación era grande contra el Sr. Ministro de la Gobernación, autor del R. D. porque su publicación se hizo en ocasión de haber sido presentada en el Congreso por nuestro diputado a Cortes Sr. Fanjul, una proposición que encauzaba el problema en sus verdaderos términos, que quizá el R. D. impidió o demoró su tramitación, perdiendo así una oportunidad palmaria, ya que si el pase al Estado de los Secretarios había de hallar una seria dificultad en la ne-

cesidad de no aumentar los gastos del Presupuesto Municipal, en aquel entonces pudo haberse salvado cargando el Estado con esos sueldos en vez de llegar a la supresión del Cupo de Consumos, pues a los Municipios les resulta igual tener la carga en el hombro derecho que en el izquierdo.

Pero he aquí que nuestra modesta opinión, expuesta públicamente en un semanario conque se vio atajada por la casi unánime de los demás Secretarios, hasta el extremo de rendir público homenaje al Sr. Bugallal, consistente en el regalo de un album con las firmas de todos los Secretarios. En la Junta de los del partido de Cuenca, expuestos estuvimos a ser declarados enemigos de la clase y puede que lo fuéramos por oponernos resueltamente a estampar nuestra firma en aquel documento, respondiendo a nuestra creencia de que no había motivo para tal homenaje.

Y a no ser por la convicción plena que teníamos y por la fuerza que en nosotros obraba este consejo de un inmortal filósofo, no sigas ciegame la opinión de los demás, sino la que creas encaminada al bien, ya que de aquella forma expuesto está a caer en el error porque si el primero yerra los que le siguen yerran también, ante tal unanimidad hubiéramos cambiado nuestra opinión.

Pero no bien ha entrado en práctica el famoso R. D. cuando ya son innumerables las quejas contra él, hasta el punto de que algún perio-

dico profesional da caídas a ellas, publicando una carta de un incansable Secretario, defensor de nuestra causa, que titula "El Inri de los Secretarios" y otro publica un artículo del que copiamos un día en los de Solía, otro día los de Cuenca y al otro los de Teruel los que claman se les ampare."

Y estas reclamaciones, que no nos sorprenden porque previstas las teníamos, nos hacen exclamar con toda la fuerza de nuestros pulmones: "¡Teníamos razón!" sin que nos acalle el hecho de haber resalado y denunciado algunos Secretarios, ya que el perjuicio alcanza a la inmensa mayoría, aparte que la citada disposición ha entorpecido el camino de la verdadera solución.

Nosotros, que ante la buena acogida del tan repetido R. D. habíamos suspendido nuestra campaña en pro de lo que consideramos solución única del problema, el pase de los Secretarios a las plantillas del Estado, nos sentimos animados a continuarla, hoy que las quejas incesantes nos han dado la razón.

Y como el fin que nos proponemos no es otro que el de mover en ese sentido la opinión de la clase Secretarial conque se, en la que nacimos y a la que pertenecemos, prometemos continuar nuestra campaña desde las columnas del semanario conque se. El Ministerio, con cuya hospitalidad contamos, rogando previamente a nuestros compañeros, se dignen ilustrarnos con las observaciones que les sugieran nuestros trabajos. Por hoy nada más.

Amadeo Cuenca Martínez.
Secretario de Ayuntamiento
Villar de Olalla, diciembre 1921.

TRIBUNALES

En uno de los días del 18 al 20 de julio del año 1921, como a las tres de la tarde, el procesado Nicasio Luján de Pez, sustrajo del corral-tinada, propiedad de Tomás Barbera Gómez, del pueblo de Enguadanos, veinte tejas que cargó en una caballería y colocó en la obra que estaba efectuando en su casa, lucrándose así, con su valor de 370 pesetas, en que fueron pericialmente tasadas las referidas tejas.

El Ministerio fiscal, representado por el Sr. Recuero, calificaba los hechos de un delito de hurto del art. 531, número 5.º, con la agravante 17 del art. 10. El defensor Sr. Huerta, negaba que los hechos constituyeran delito alguno, ya que en el acto del juicio el supuesto perjudicado Tomás Barbera manifestó que había autorizado al procesado para utilizar las tejas en cuestión. El juicio quedó concluso para sentencia.

Por incomparecencia de los procesados se suspendió la vista de la causa seguida por hurto contra Sebastián Martínez y otro, de Motilla. Defensa a los procesados el letrado Sr. Huerta.

El 22 de agosto de 1921, puestos de acuerdo los procesados Leandro Haro Girón, Angel Requena Moreno y Emiliano Moreno Requena, sustrajeron de la era de su amo D. Emilio Cabrera López, en la villa de San Clemente, con ánimo de lucro, un costal con tres fanegas y un celemin de avena y un saco de granzas de trigo en cantidad de

unos diez celemines, siendo recuperados y tasados pericialmente en 32,75 pesetas. El procesado Leandro Haro Girón era mayoral de los criados de la casa.

En virtud de estos hechos, el fiscal calificaba de un delito de hurto, comprendido en el art. 531 del Código penal y pedía para cada uno de los tres procesados la pena de dos meses y un día de arresto mayor.

En el acto del juicio los procesados se conformaron con la pena; por lo cual, el defensor Sr. Huerta no estimó necesaria la continuación del juicio.

Representaba el Ministerio público el Sr. Charrin.

MERCADOS

Su situación y últimos precios

Acetres.—En el mercado de Barcelona hay pocas existencias de las clases buenas; pero, en cambio, de las corrientes hay gran abundancia, por lo que se nota un movimiento de retroceso. Los precios que rigen para el consumo son los siguientes:

Andaluz corriente, a 215 pesetas los 100 kilos; Tortosa de un año, a 245, y Aragón nuevo, de 265 a 275 pesetas.

En la plaza de Sevilla ha habido gran entrada de aceite nuevo y han descendido algo los precios, vendiéndose las clases buenas a 19 pesetas arroba, y los más inferiores a 18 y 18,50 pesetas.

En Valencia se pagan los superiores de 226 a 250 pesetas los 100 kilos, y los corrientes, de 185 a 195 pesetas.

IMPRESA DE F. VIEJOBUEÑO

CUENCA

AUDIENCIA PROVINCIAL

Alarde de causas que han de verse ante el Jurado en el próximo cuatrimestre.

NUMERO DE Audiencia	AÑO	JUZGADOS	PROCESADOS	DELITOS	SEÑORES ABOGADOS	SEÑORES PROCURADORES	SEÑORES PONENTES	FECHA del cuatrimestre		
								Día	Mes	
627	67	1920	San Clemente	Emeterio Julián Campillo Torralba	Homicidio	Sr. Conversa	Sr. Ortega	7	Marzo	
198	17	»	id.	Roberto Luis Blasco Heras	Violación	» Ballesteros	» S. Valdés	8	id.	
487	44	»	id.	Angel Esteban Alvarez Mena	Abusos deshonestos	id.	» Ortega	9	id.	
578	57	1919	id.	Doroteo Castillo Martínez	Homicidio	id.	» S. Valdés	10 y 11	id.	
139	29	1921	Motilla	Cecilio Garrido Pérez y otro	Robo	Sr. Huerta	Sr. Pinós	» Vega	15	id.
144	25	1919	id.	Anselmo González Fernández y tres	Falsedad	» Huerta	» Ortega	» S. Valdés	14	id.
402	68	1921	id.	Ignacio Iniesta López y otra	Robo	» Ballesteros	» Ballesteros	id.	15	id.
11	1	»	id.	Juan García Núñez y otro	Homicidio y lesiones	» Huerta y Ballesteros	Sr. C. Vega	16, 17 y 18	id.	
453	60	1920	Cafete	Alejandro Lanson Marin	Homicidio	» Cava	id.	20	id.	
504	59	1919	id.	Juan José González Cócera y otro	Robo	» Huerta	Sr. S. Valdés	21	id.	
82	5	1921	id.	Lorenzo Garcés Herráiz	Robo	» Huerta	id.	22	id.	
217	29	1919	id.	Juan Antonio Bustamante y 4 más	Homicidio y lesiones	» Conversa y Ballesteros	Sr. C. Vega	23 y 24	id.	
565	49	1920	Priego	Luis Corredor Mingo y otro	Incendio	» Ballesteros	» Presidente	27	id.	
445	48	1918	id.	Plácido Heras Portal y otro	Falsedad	» Abogado del Estado y Cava	id.	28	id.	
258	10	1920	id.	Julián Ferrer Afienza	Homicidio	» Cava	Sr. S. Valdés	29 y 30	id.	
556	131	»	Cuenca	Cayetana García Moreno y otra	Robo	» Huerta	id.	31	id.	
575	99	»	id.	Juan Manuel Ramírez Muñoz	Abusos deshonestos	» Ballesteros	Sr. Vega	1.º	Abril	
35	11	»	id.	Miguel Palacios Castillejo	Homicidio	» Sanchiz	» Presidente	1	id.	
115	39	»	id.	Felipe Aroca Cardo y otro	Falsedad	» Huerta y Cava	id.	2	id.	
270	78	1920	id.	Juan Martínez Cañas	Homicidio frustrado	» Ballesteros y Garrido	id.	3	id.	
616	111	1919	id.	Félix Aguirre Valenciano	Violación	» Ballesteros y Cava	Sr. Valdés	4	id.	

Folleto de EL MUNDO (51)

Cuentos y Narraciones

PRIMER AMOR

vi brillar un objeto dorado. Metí las manos, arrugué sin querer las puntillas, y saqué un retrato, una miniatura sobre marfil, que mediría tres pulgadas de alto, con marco de oro.

Me quedé como embelesado al mirarla. Un rayo de sol se filtraba por la vidriera y hería la seductora imagen, que parecía querer desprenderse del fondo oscuro y venir hacia mí. Era una criatura hermosísima, como yo no la había visto jamás sino en mis sueños de adolescente, cuando los primeros estremecimientos de la pubertad me causaban, al caer la tarde, vagas tristezas y anhelos indefinibles. Podría la dama del retrato frisar en los veinte y pico; no era una virgencita cándida, capullo a medio abrir, sino una mujer en quien ya resplandecía todo el fulgor de la belleza. Tenía la cara oval, pero no muy prolongada, los labios carnosos, entreabiertos y risueños, los ojos lánguidamente entornados, y un hoyuelo en la barba, que parecía abierto por la yema del dedo jugueteón de Cupido. Su peinado era extraño y gracioso; un grupo compacto, a manera de pña de bucles al lado de las sienes y un cesto de trenzas en lo alto de la ca-

beza. Este peinado antiguo que remangaba en la nuca, descubría todo la morbidez de la fresca garganta, donde el hoyo de la barbilla se repetía más delicado y suave. En cuanto al vestido... Yo no acerté a resolver si nuestras abuelas eran de suyo menos recatadas de lo que son nuestras esposas, o si los confesores de antaño gastaban manga más ancha que los de hoy; y me inclino a creer esto último, porque hará unos sesenta años, las hembras se preciaban de cristianas y devotas, y no desobedecerían a su director de conciencia en cosa tan grave y patente. Lo indudable es que si en el día se presenta alguna señora con el traje de la dama del retrato, ocasiona un motín; pues desde el talle que nacia casi en el sobaco, sólo la velaban leves ondas de gasa diáfana, señalando, mejor que cubriendo, dos escándalos de nieve, por entre los cuales serpeaba un hilo de perlas, no sin descansar antes en la tersa superficie del satinado escote. Con el propio impudor se ostentaban los brazos redondos, dignos de Juno, rematados por manos esculturales... Al decir *manos* no soy exacto, porque en rigor, sólo una mano se veía, y esa apretaba un pañuelo rico.

Aun hoy me asombro del fulminante efecto que la contemplación de aquella miniatura me produjo, y de cómo me quedé arrobado, suspenda la respiración, comiéndome el retrato con los ojos. Ya había visto yo aquí y acullá estampas que representaban mujeres bellas; frecuentemente en las *Ilustraciones*, en los grabados mitológicos del comedor, en los es-

aparatos de las tiendas, sucedía que una línea gallarda, un contorno armonioso y elegante cautivaba mis miradas precozmente artísticas; pero la miniatura encontrada en el cajón de mi tía, aparte de su gran gentileza, se me figuraba como animada de sutil aura vital; advertíase en ella que no era el capricho de un pintor, sino imagen de persona real, efectiva, de carne y hueso. El rico y jugoso tono del empaste hacía adivinar, bajo la nacarada epidermis, la sangre tibia; los labios se desviaban para lucir el esmalte de los dientes; y, complotando la ilusión, corría alrededor del marco una orla de cabellos naturales, castaños, ondulados y sedosos, que habían crecido en los sienes del original. Lo dicho; aquello, más que copia, era reflejo de persona viva, de la cual sólo me separaba un muro de vidrio... Puse la mano en él, lo calenté con mi aliento, y se me ocurrió que el calor de la misteriosa deidad se comunicaba a mis labios y circulaba por mis venas. Estando en esto, sentí pisadas en el corredor. Era mi tía que regresaba de sus rezos. Oí sus tos asmática y el arrastrar de sus pies gotosos. Tuve tiempo no más que de dejar la miniatura en el cajón, cerrarlo y arrimarme a la vidriera adoptando una actitud indiferente y nada sospechosa.

Entró mi tía sonándose recio, porque el trío de la iglesia le había recrudecido el catastro ya crónico. Al verme se animaron sus ribeteados ojillos, y dándome un amistoso bofateoncito con la seca palma, me preguntó si le había revuelto los cajones, según costumbre.

Después, sonriéndose con picardía: —Aguarda, aguarda—añadió—, voy a darte algo, que te chuparás los dedos.

Y sacó de su vasta faltriquera un cucurucho, y del cucurucho tres o cuatro bolitas de goma adheridas entre sí, como aplastadas, que me inundieron asco.

La estampa de mi tía no convidaba a que uno abriese la boca y se zampase el confite: muchos años, la dentadura trasplada, los ojos enternecidos más de lo justo, unos asomos de bigote o cerdas sobre la hundida boca, la raya de tres dedos de ancho, las canas sucias revoloteando sobre las sienes amarillas, un pescuezo flácido y lívido como el moco del pavo cuando está de buen humor... Vamos, que yo no tomaba las bolitas, ¡jea! Un sentimiento de indignación, una protesta varonil se alzó en mí, y declaré con energía:

—No quiero, no quiero.

—¿No quieres? ¡Gran milagro! ¡Tú que eres más goloso que la gata!

—Yo no soy ningún chiquillo—exclamé creciéndome, empujándome en las puntas de los pies,—yo no quiero dulces.

La tía me miró entre bondadosa e irónica, y al fin, cediendo a la gracia que le hice, soltó el trapo, con lo cual se desfiguró y puso patente la espantable anatomía de sus quijadas. Reíase de tan buena gana, que se besaban barba y nariz, ocultando los labios, y se le señalaban dos arrugas, o mejor, dos zanjas hondas, y más de una docena de pliegues, en mejillas y párpados; al mismo tiempo,